

naturaleza, cuya esencia es visiblemente obrar y producir, no necesita de un motor invisible para desempeñar sus funciones, como lo hace á nuestra vista. La materia se mueve por su propia energía; la diversidad de los movimientos ó maneras de obrar es lo que constituye la diversidad de las materias.» ¿Qué es esa naturaleza siempre activa, siempre viva? ¿No es nada más que materia? ¿Nada más que fatalidad, acaso? D'Holbach habla de la naturaleza, como Espinosa del *sér universal*: «La naturaleza es una palabra de que nos servimos para designar el conjunto inmenso de los seres, de las materias diversás, de las combinaciones infinitas, de los movimientos variados que presencian nuestros ojos. Todos los cuerpos, ya organizados, ya inorgánicos, son resultados necesarios de ciertas causas hechas para producir necesariamente los efectos que vemos. En la naturaleza nada puede hacerse al acaso, todo en ella sigue leyes fijas; estas leyes no son más que el enlace necesario de ciertos efectos con sus causas. Atribuir un efecto al acaso es no decir nada, sino que se ignoran las leyes por las cuales los cuerpos obran, se unen, se combinan ó se separan. Todo sucede al acaso para los que no conocen la naturaleza» (1). D'Holbach no ha comprendido la doctrina de su maestro; se atiene á los resultados; pero se conserva en cierto modo deísta, á pesar suyo. Se le ha dicho que Dios era una palabra, que *todo es Dios*: llama á este todo naturaleza; pero la naturaleza tiene sus leyes como la creación de los pensadores cristianos. Reemplácese la palabra naturaleza por la de Dios, y se tendrá el teísmo de Voltaire. ¿Por qué, pues, d'Holbach se ha convertido al ateísmo? ¿Por qué él y sus amigos no admitían ya el Dios de la teología? Este es un punto capital, porque los materialistas, sobre todo los talentos de segundo orden, apenas tienen más que una doctrina negativa. Necesitamos, pues, ver por qué negaban al Dios de los cristianos.

(1) *El Buen sentido*, § 39, p. 29; § 43, p. 36.

II.

«*Je veux aimer ce Dieu, je cherche en lui mon père*» (a).

Este verso de Voltaire nos explica por qué los libres pensadores renegaron del Dios de la teología. Diderot lo dice con todas sus letras: «Con el retrato que me hacen del Sér Supremo, de su inclinación á la cólera, del rigor de sus venganzas, de ciertas comparaciones que nos dan á conocer numéricamente la relación de los que deja perecer á aquellos á quienes se digna tender su mano, dan tentaciones al alma más recta de desear que no existiese.... Sí, lo sostengo; la superstición es más injuriosa para Dios que el ateísmo. Más quisiera, dice Plutarco, que se creyese que no ha habido Plutarco en el mundo, que no que se crea que Plutarco es colérico, injusto, inconstante, envidioso, vengativo, y tal como no quisiera ser» (1). D'Holbach es igualmente explícito; niega la existencia de Dios, porque la teología cristiana da de él una idea falsa. Se lee en las *Cartas á Eugenia* (2): «Las ideas atroces que los sacerdotes se empeñan en inbuirnos acerca de la Divinidad, son las que obligan á tantas personas honradas á echarse en brazos de la incredulidad.» Hemos referido la oración que pone d'Holbach en los labios de un ateo. Los mismos pensamientos reaparecen en el *Militar filósofo*, uno de esos libros anónimos que no tenían realmente autor; eran obra de todo el mundo, en el sentido de que expresaban el pensamiento de todos: «Sí, lo repito: más valdria no admitir un Dios que admitir uno que fuese malo, caprichoso, injusto; que exigiese que se le sacrificase la razón que ha dado á sus criaturas para guiarlas, que ahogáran las inclinaciones invencibles de la naturaleza de que es autor, para tratar de hacerse desgraciado.... Los sacerdotes, que hacen un Dios bárbaro, son verdaderos blasfemadores; ellos son

(a) Yo quiero amar este Dios, en él busco mi padre.

(1) DIDEROT, *Pensamientos filosóficos*, núms. 9 y 12 (*Obras*, t. I, p. 106 y siguientes).

(2) Las *Cartas á Eugenia* se hallan entre las obras publicadas bajo el nombre de FRERET, t. I, p. 135.

los que obligan á muchas gentes á recurrir al ateísmo, para tratar de borrar en su espíritu, si es posible, hasta la idea de un sér en el que no se puede pensar sin temblar. Los sacerdotes son los que hacen la existencia de Dios dudosa y problemática» (1).

¿Cuáles son los errores que los ateos echan en cara á la teodicea cristiana? Necesitamos entrar aquí en algunos detalles, porque los incrédulos son en este punto los órganos de la opinion general; expresan tanto el pensamiento de los deístas, cuanto el de los materialistas. Hemos visto con qué desprecio habla Voltaire del Dios de los católicos. D'Holbach no hace casi más que copiarle cuando dice: «Las religiones modernas no son más que locuras antiguas, rejuvenecidas ó presentadas bajo alguna forma nueva. Si los antiguos salvajes han adorado las montañas, los ríos, las serpientes, los árboles, los ídolos de toda especie; si los sabios Egipcios han tributado homenaje á los cocodrilos, á las ratas, á las cebollas, ¿no vemos pueblos que se creen más sabios que ellos, adorar con respeto el pan, al cual se imaginan que los sortilegios de sus sacerdotes hacen que descienda la Divinidad? ¿No es este Dios el fetiche de varias naciones cristianas, tan poco racionales como las naciones más salvajes?» (2).

Los materialistas se fijan poco en las tonterías teológicas de la teodicea cristiana; insisten más en la parte moral, lo cual es muy notable en escritores á quienes se echa en cara la ruina de toda moral. El Dios que rechazan es el Dios de la predestinación, el Dios de las penas perpétuas, el Dios que condena á la inmensa mayoría de sus criaturas. Hemos copiado la protesta generosa de Diderot. Su discípulo, d'Holbach, vuelve frecuentemente al mismo tema: dice que la predestinación es un dogma más bárbaro que todas las invenciones del paganismo: «La teología pagana no presentaba á los pueblos en la persona de sus dioses más que hombres disolutos, injustos, adúlteros, vengativos, que castigaban con rigor crímenes necesarios y predichos por los oráculos. La teología judaica y cristiana nos presenta un Dios parcial, que escoge y rechaza, que ama y que aborrece, según su capricho; en una pala-

(1) *El Militar filósofo*, p. 185.

(2) *El Buen sentido*, § 120, p. 155.

bra, un tirano que juega con sus criaturas, que castiga en este mundo á todo el género humano por la falta de un solo hombre, que predestina á ser sus enemigos al mayor número de los mortales, á fin de castigarlos durante toda la eternidad por haber recibido de él la libertad de declararse contra él. De aquí ese *Océano de absurdos* de que está llena la teología cristiana» (1).

Los *absurdos* son al mismo tiempo una injusticia que no tiene nombre. En este punto la conciencia moderna está conforme con aquellos á quienes se censura como ateos; no hablamos de los filósofos que rechazan el cristianismo; las sectas cristianas mismas rechazan al Dios de sus antepasados, el Dios de San Pablo y de San Agustín: «Según las nociones teológicas, dice el baron d'Holbach, Dios se parecería á un tirano que, habiendo hecho sacar los ojos al mayor número de sus esclavos, los encerrase en un calabozo para procurarse la diversion de observar *de incógnito* su conducta por un ventanillo, á fin de tener ocasion de castigar cruelmente á todos aquellos que al andar tropezasen entre sí; pero que recompensase espléndidamente al corto número de los que habia dejado con vista, por haber tenido la habilidad de no tropezar con sus compañeros. Tales son las ideas que da de la Divinidad el dogma de la gracia gratuita» (2).

Las consecuencias de esta bárbara teología merecian ser condenadas por los libres pensadores. Hoy los defensores del dogma cristiano acusan de calumnia á los que censuran á la Iglesia, porque enseña que los infieles se condenan. ¡Pura cuestion de palabras! En lugar de decir la *Iglesia*, dígase San Agustín y los doctores más autorizados hasta Bossuet, y con esto la calumnia se convierte en verdad. ¿Qué piensan de esto los ateos? «El nacimiento del hombre no depende en manera alguna de su eleccion; no se le ha preguntado si quería venir ó no venir al mundo. Tampoco depende de él el nacer de tales ó cuales padres. ¿Depende del hombre el abrazar ó no abrazar las ideas de sus padres ó de sus institutores? Si yo hubiera nacido de padres idólatras ó mahometanos; ¿hubiera dependido de mí el hacerme cristiano? Sin embargo, gra-

(1) *El Sistema de la naturaleza*, t. II, p. 55, nota. (Edic. in-8.º)

(2) *El Buen sentido*, § 62, p. 63.

ves doctores nos aseguran que un Dios justo condenará sin piedad á todos aquellos á quienes no haya concedido la gracia de conocer la religion de los cristianos!» (1).

Los teólogos hablan mucho de caridad, ¡y son ellos los que han inventado un Dios que condena á sus criaturas! Si la conciencia de todo sér que piensa y que siente no se subleva contra semejante idea, hay que atribuirlo á la fuerza de la costumbre; ¡nuestra infancia es mecida por estas espantosas concepciones! Aplaudamos á los incrédulos, cuando se rebelan contra esta blasfemia, porque blasfemia es. «Si busco mis ideas de Dios en la teología, dice el baron d'Holbach, Dios no se me aparece sino bajo los rasgos más á propósito para no inspirar amor. Los devotos que nos dicen que aman sinceramente á su Dios son ó mentirosos ó locos, que no ven su Dios más que de perfil. Es imposible amar á un sér cuya idea no es á propósito más que para excitar el terror, y cuyos juicios hacen estremecer. ¿Cómo contemplar sin alarma un Dios á quien se supone bastante bárbaro para condenarnos?.... Ningun hombre de este mundo puede sentir la menor chispa de amor hácia un Dios que guarda castigos, infinitos por su duracion y por su violencia, para las noventa y nueve centésimas partes de sus hijos.»

D'Holbach hace una crítica en regla del dogma de la eternidad de las penas. No agota el asunto. Pero no debe perderse de vista que habla en nombre del *buen sentido* y que se dirige al vulgo de los lectores. En vano los teólogos se encogen de hombros ante la frivolidad de sus ataques; éstos han producido su efecto; ¿quién cree hoy en el infierno? Escuchemos, pues, al ateo, que es el órgano de la humanidad moderna: «Los inventores del dogma de la eternidad de las penas han hecho de Dios, que dicen que es tan bueno, el más detestable de los seres. En los hombres la crueldad es el último grado de la maldad; no hay alma sensible que no se conmueva y subleve con sólo escuchar los tormentos que experimenta el mayor de los malhechores; pero la crueldad indigna más aún cuando es gratuita y desprovista de fundamento. Los tiranos más sanguinarios, los Calígulas, los Nerones, los Domicianos, te-

(1) *El Buen sentido*, § 80, p. 87.

nian al ménos algunos motivos cualesquiera para atormentar á sus víctimas; aquellos motivos eran, ó su propia seguridad, ó el furor de la venganza, ó la intencion de amedrentar por medio de ejemplos terribles.... ¿Puede tener un Dios alguno de estos motivos? Al atormentar á las víctimas de su cólera, castigaria seres que no han podido, ni hacer peligrar su poder incontrastable, ni turbar su felicidad inalterable. Por otra parte, los suplicios de la otra vida serian inútiles para los condenados, puesto que en el infierno no hay conversion, y ha pasado ya el tiempo de las misericordias. De donde se deduciria que Dios, en el ejercicio de su eterna venganza, no tendria más objeto que el de divertirse é insultar la debilidad de sus criaturas. Apelo al género humano entero. ¿Hay en la naturaleza un hombre bastante cruel para querer á sangre fria atormentar, no digo á su semejante, sino á un sér sensible cualquiera, sin sacar provecho y sin tener nada que temer de él? Resulta, pues, ¡oh teólogos! que, segun vuestros principios mismos, vuestro Dios es infinitamente más malo que el más malo de los hombres» (1).

No continuamos esta crítica; es pleito fallado ya. Lo que acabamos de decir basta para hacer ver cuál es el Dios que niegan los ateos. Si el negar el Dios del pecado original, si el negar el Dios de la predestinacion, si el negar el Dios de las penas perpétuas es ateismo, todos somos ateos ó poco ménos. ¿Cuál era, pues, el objeto que se proponian los ateos del siglo pasado? Destruian, demolian; pero lo que ellos derribaban no merecia vivir, mejor dicho, no tenía ya vida en la esfera de las ideas. ¿Por qué, pues, esa guerra encarnizada que hacian los incrédulos á la teodicea cristiana? Si la teología estaba en plena decadencia, no por eso reinaba ménos la supersticion en las clases inferiores, y la Iglesia seguia dominando sobre la ignorancia y la estupidez humanas. Esa tiranía intelectual es la que querian quebrantar los incrédulos. Tal es el móvil de su ateísmo. Veian que la intolerancia tenía su más sólido fundamento en la revelacion, y por esto hicieron una guerra á muerte al Dios de los cristianos. No inventamos nosotros esta defensa para excusar el ateismo; el ateismo repug-

(1) *El Buen sentido*, §§ 65 y 66, p. 65-66.

na tanto á nuestro corazon como á nuestra razon; pero hay que hacer justicia hasta á los ateos. El baron d'Holbach nos dirá porque es ateo y no cristiano:

«La religion, sombría ó entusiasta, conduce siempre al supersticioso á la locura ó á la crueldad. Nunca se perturbará la imaginacion de un ateo hasta el punto de hacerle creer que las violencias, las injusticias, las persecuciones, los asesinatos, son acciones virtuosas ó legítimas. Todos los dias vemos que la religion ó la causa del cielo ciegan á personas humanas, equitativas y sensatas en todas materias, hasta el punto de imponerles el deber de tratar con la mayor barbarie á los hombres que se separan de su manera de pensar. Un hereje, un incrédulo, dejan de ser hombres á los ojos de los supersticiosos.... Jueces, equitativos en cualquiera otra materia, no lo son ya, en cuanto se trata de quimeras teológicas; se bañan en sangre, creyendo obedecer á los planes de la Divinidad. Casi en todas partes las leyes, subordinadas á la supersticion, se hacen cómplices de sus furores; legitiman ó trasforman en deberes las crueldades más contrarias á los derechos de la humanidad. Todos esos vengadores de la religion, que por puro capricho, por piedad, por deber le inmolán las víctimas que ella les designa ¿no están ciegos? ¿No son tiranos que cometen la injusticia de violar el pensamiento, que tienen la locura de creer que se puede encadenarlo?..... Los sacerdotes, tan cuidadosos de la salvacion de las almas, que fuerzan insolentemente el santuario del pensamiento, á fin de encontrar en las opiniones del hombre motivos de hacerle daño, ¿no son bribones odiosos y perturbadores de la tranquilidad de los espíritus, honrados por la religion y detestados por la razon? ¿Qué malvados más odiosos á los ojos de la humanidad que esos infames inquisidores que, por la ceguedad de los príncipes, disfrutan del privilegio de juzgar á sus propios enemigos y de arrojarlos á las llamas?... En una palabra, ¿no ha sido el nombre de Dios la señal de las tristes locuras y de los atentados más espantosos? ¿No han nadado en sangre en todas partes los altares de todos los dioses? Y, bajo cualquier forma que se haya presentado la Divinidad, ¿no ha sido en todos tiempos la causa ó el pretexto de la violacion más insolente de los derechos de la humanidad?»

«Un ateo, dice d'Holbach, no se convencerá nunca, mientras conserve su buen sentido, de que semejantes acciones puedan tener justificacion.» Si d'Holbach es ateo, es porque está bien persuadido de que solamente el ateismo nos dará la libertad de pensar. ¿Puede haber mayor beneficio para la humanidad? «Hoy el genio encuentra trabas en todas partes; la religion se opone continuamente á su marcha; el hombre, rodeado de dificultades, no disfruta de ninguna de sus facultades; su espíritu mismo está cohibido y parece perennemente envuelto en las mantillas de la infancia. El poder civil, ligado con el poder espiritual, no quiere mandar, segun parece, más que á esclavos embrutecidos» (1).

III.

¿Era necesario para llegar á la tolerancia, al libre pensamiento, hacer una guerra sin cuartel al cristianismo y á toda religion? Al responder á esta pregunta, no hay que olvidar que estamos en el siglo XVIII y en Francia. Los filósofos no se encontraban frente al cristianismo evangélico, sino frente al catolicismo, á la Iglesia. Ahora bien, el catolicismo acababa de probar que es intolerante por esencia, y que será siempre perseguidor, allí donde pueda contar con el apoyo de la fuerza y con la estupidez humana. ¿Quién habia revocado el edicto de Nantes? ¿quién habia incitado á las conversiones *con botas de montar*? ¿quién habia inventado las *dragonadas* para hacer volver á los reformados á la antigua fe? No era el papa, no era una Iglesia ultramontana: un rey de Francia, un descendiente de Enrique IV fué el que firmó el edicto fatal: la Iglesia galicana lo promovió y lo aplaudió. ¿Era una edad de tinieblas aquella en que se ejerció tan abominable persecucion de cristianos contra cristianos? Era el siglo de Luis XIV; los que se alegraron, los que felicitaron al príncipe por haber restablecido la unidad de la fe, se llamaban Bossuet y Fenelon! ¿Qué se dice para excusar á aquellos grandes genios? Que fueron los órganos del sentimiento nacional. Y ¿quién pervirtió hasta tal punto á una

(1) *El Sistema de la naturaleza*, t. II, p. 405, 409, 425.